

Cuando Antígona encontró a Benjamín
Víctimas del franquismo y derecho a la memoria

Rafael Escudero Alday

E D I T O R I A L T R O T T A

CONTENIDO

1. ONCE PASOS PARA UN ENCUENTRO	11
1. La denuncia de Juan Gelman sobre las razones de la desmemoria	11
2. La desobediencia de Antígona a la ley de Creonte	12
3. La mirada horrorizada del «ángel de la historia» de Paul Klee	14
4. La herencia de Walter Benjamin en la configuración del derecho a la memoria	16
5. La aplicación de la demanda de «justicia transicional» frente a la excepción española	18
6. La aparición de los «desaparecidos» en la esfera pública y en la agenda política española	20
7. La propuesta fallida de la (mal llamada) ley de memoria histórica	21
8. La vía autonómica de recuperación de la memoria y reparación a las víctimas	22
9. La exhumación de los restos del dictador y su traslado a un cementerio municipal	25
10. La aprobación de la (deseada) Ley de Memoria Democrática	27
11. El encuentro entre Antígona y Benjamin	29
2. ANTÍGONA Y LAS VÍCTIMAS DEL FRANQUISMO	33
1. La creación de una categoría legal: las víctimas del franquismo	38
1.1. La internacionalización del caso español	43
1.2. Pongamos causa y nombre a las víctimas	49
1.3. La obligación de búsqueda de las personas desaparecidas	56
2. La deuda con las víctimas (o cómo reparar lo irreparable) ..	61
2.1. Una verdad, ¿en singular o en plural?	63

2.2. Una justicia, ¿sin juicios?	69
2.3. Una reparación, ¿suficiente?	77
3. <i>Bola extra</i> . Las víctimas de la Transición	87
3. WALTER BENJAMIN, LA MEMORIA Y LA JUSTICIA	93
1. La memoria democrática y los derechos humanos	98
2. El derecho a la memoria	105
3. Las políticas de memoria democrática	110
3.1. La memoria democrática tiene rostro de mujer	117
3.2. La simbología democrática en la dignificación del espacio público	122
3.3. Los lugares de memoria	130
3.4. Las medidas educativas: garantía de no repetición	134
4. Aprendiendo de la Cultura de la Transición: los riesgos de la cultura de la memoria	139
4. EPÍLOGO	147
<i>Bibliografía</i>	157
<i>Índice de nombres</i>	163

ONCE PASOS PARA UN ENCUENTRO

«Todo está cargado en la memoria
 Arma de la vida y de la historia
 La memoria apunta hasta matar
 A los pueblos que la callan
 Y no la dejan volar
 Libre como el viento».

(León Gieco, *La memoria*, 2001)

1. *La denuncia de Juan Gelman sobre las razones de la desmemoria*

En su discurso de recepción del Premio Cervantes, pronunciado el 23 de abril de 2008 en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, el poeta argentino Juan Gelman reivindicó la necesidad de la memoria como instrumento de lucha contra el olvido y la impunidad de las graves violaciones de derechos humanos. El discurso se pronunció frente a un auditorio lleno de autoridades¹. El jefe del Estado, el presidente del Gobierno, la presidenta de la Comunidad de Madrid, el ministro de Cultura, autoridades locales, militares y también académicas, entre otras muchas, escucharon unas palabras dirigidas a reclamar verdad y justicia en el Cono Sur, sí, pero también en España. «Ya no vivimos en la Grecia del siglo V antes de Cristo en que

1. Disponible en <http://www.rtve.es/alcacarta/videos/premios-cervantes-en-el-archivo-de-rtve/discurso-juan-gelman-premio-cervantes-2007/2785586/>.

los ciudadanos eran obligados a olvidar por decreto», afirmó. Ni tampoco —podía leerse entre líneas— en aquella otra época mucho más reciente y lugar más cercano donde el olvido se elevó a la categoría de pacto de Estado para así clausurar toda rendición de cuentas con el pasado.

En esos momentos, la figura de Gelman representaba a todas las víctimas de las dictaduras militares que asolaron ambos lados del Atlántico durante el siglo pasado. Cualquiera de ellas podía haber ocupado el lugar del poeta y haber desgranado sus mismas palabras. Palabras como desaparición forzada, crímenes, olvido, silencio o impunidad retumbaron en esa sala repleta de autoridades. La referencia al caso español no se hizo esperar. En la parte central de su discurso en el Paraninfo, Gelman celebraba, en esos inicios del año 2008, su llegada a «una España empeñada en rescatar su memoria histórica, único camino para construir una conciencia cívica sólida que abra las puertas al futuro», vinculando así el recuerdo del pasado con la construcción del futuro y rechazando, a la vez, las tesis de quienes vilipendian el esfuerzo de memoria. «Sospecho —terminaba afirmando frente a las altas instituciones del Estado español— que no pocos de quienes preconizan la destitución del pasado en general, en realidad procuran la destitución de su pasado en particular». Somos muchas las personas que compartimos esta sospecha.

2. La desobediencia de Antígona a la ley de Creonte

Fue Juan Gelman quien asimismo nos recordó la figura de Antígona, aquella mujer que no dudó en desobedecer las leyes terrenales para enterrar a su hermano basándose en una ley no escrita, impuesta por los dioses, que desde el inicio de los tiempos mandata dar digna sepultura a los muertos. En términos filosófico-jurídicos, el mito de la Antígona de Sófocles se ha analizado de forma recurrente desde la sempiterna cuestión de la obediencia al Derecho injusto. ¿En qué se fundamenta el deber de cumplir el Derecho? ¿Cuáles son sus límites? ¿Hasta qué pun-

to está justificada la desobediencia o la rebeldía frente a un orden jurídico que se considera contrario a valores morales? Estas preguntas han presidido el desarrollo de la filosofía jurídica prácticamente durante toda su existencia como disciplina. No en vano suele citarse y estudiarse este mito como uno de sus hitos fundadores.

Antígona es víctima del conflicto que siempre puede producirse entre las leyes humanas y divinas, entre las normas jurídicas y los mandatos de la moral. Una mujer que no duda en seguir los dictados de su conciencia, que le ordena obedecer a los dioses, y enterrar a su hermano Polinices frente a la orden de su tío Creonte, el regente de Tebas, quien representa el poder del Estado. Cumple con una norma de derecho divino que garantiza, a su vez, un derecho tan humano como es el de enterrar a los muertos.

El trato digno a los muertos en la batalla es una constante en el mundo clásico griego. Antes de la *Antígona* de Sófocles, Homero narró el llanto de Príamo ante Aquiles para conseguir que este le devolviera el cadáver de su hijo Héctor y pudieran celebrarse sus funerales (Homero 2022: 521-544). Si Aquiles aceptó no fue por su propia voluntad y deseo, sino porque así se lo ordenaron los dioses. No es de extrañar en este punto la similitud entre el dolor y las peticiones de Antígona y Príamo, dado que, como advirtió Simone Weil, «la tragedia ática, al menos la de Esquilo y Sófocles, es la verdadera continuación de la epopeya», es decir, de la *Ilíada* —o el poema de la fuerza, como ella misma lo calificó (Weil 2023: 54)—.

Pacifista convencida en su juventud, Simone Weil participó en la guerra civil española. En agosto de 1936 se enroló en la «columna Durruti», en el frente de Aragón, durante un corto periodo de tiempo, hasta que un accidente provocó su evacuación y posterior regreso a Francia. Allí escribió la famosa carta al novelista Georges Bernanos, católico y simpatizante de la causa franquista, en la que se reafirmó en su rechazo de la violencia y el terror. «Nunca he visto, ni entre los españoles, ni siquiera entre los franceses que fueron unos a combatir, otros a pasearse [...], nunca he visto a nadie expresar ni siquie-

ra en la intimidad repulsa, asco o simplemente desaprobación ante sangre inútilmente derramada». Bernanos —quien, consciente de las masacres cometidas por los franquistas y los militares italianos en la isla de Mallorca, renegó de sus ideas iniciales— guardó esa carta en su billetera hasta su muerte, en julio de 1948².

En la España contemporánea, el mito de Antígona se manifiesta en la demanda de exhumar, identificar y devolver a sus familiares los restos de las víctimas de las desapariciones forzadas llevadas a cabo durante y a causa de la represión franquista. Es cierto que hoy, en la tercera década del siglo XXI, ya no tenemos un Creonte totalitario como el que sí sufrimos desde 1939 hasta 1975, pero no lo es menos que el actual Creonte sigue sin asumir como propias todas las demandas de Antígona. Esta —símbolo de todas las víctimas de la dictadura— sigue sin poder hacer el duelo.

3. *La mirada horrorizada del «ángel de la historia» de Paul Klee*

Llevamos años debatiendo sobre la mejor forma de recuperar la memoria democrática y reparar a las víctimas de la dictadura franquista. Una tarea que se dejó aparcada durante los años de la transición a la democracia y aprobación de la Constitución de 1978. En aquellos años lo único que parecía importar —la «razón de Estado» *dixit*— era la generación de un régimen político y económico que permitiera superar la dictadura y sentar las bases para un sólido desarrollo del país en términos democráticos. En aquel contexto las demandas de Antígona contenían un cierto lastre: mirar al pasado podría suponer el peligro de repetirlo, en un momento en que las heridas estaban todavía bien abiertas y sin sanar, así como poner

2. Véase la carta a Georges Bernanos en Weil (2007: 522-526). Los detalles de la corta estancia en España de Simone Weil pueden seguirse en la novela de Adrien Bosc titulada *La columna* (2022: 87-94, especialmente).

en riesgo el despertar democrático que tanta ilusión generaba en esos momentos.

Esta fascinación por el progreso y su poder curativo nos sitúa frente al conocido cuadro de Paul Klee, *Angelus Novus*; ese cuadro que Walter Benjamin llevó siempre consigo hasta casi el final de su vida y que le sirvió de inspiración para su novena tesis de filosofía de la historia³. En él se plasma un ángel, el «ángel de la historia», cuyo rostro mira horrorizado hacia el pasado. Para Benjamin, esa mirada es la de quien observa impotente el avance del progreso devorando todo lo que se pone en su camino. Esa mirada y esa impotencia son las de las víctimas a quienes ese progreso que inevitablemente trae la historia obliga a dejar de lado. Es la tragedia mítica de Antígona frente a la racionalidad civil de Creonte y es, también, el grito de las víctimas de la dictadura franquista cuando ven cómo el llamado «espíritu de la Transición» se las lleva por delante sin poder evitarlo. La Historia lineal, racional, evolutiva y progresiva no puede detenerse ante historias trágicas, irracionales, fragmentarias y parciales. Estas se vieron obligadas a refugiarse en la memoria, a la espera de un momento en el que puedan ocupar su lugar en las páginas de los libros de Historia. Este momento, en nuestro caso, está todavía por llegar. Más de cuarenta y cinco años después de la aprobación de la Constitución de 1978, en muchos ámbitos sigue todavía vigente ese «mirar hacia adelante» que se impuso en el particular proceso de transición a la democracia que se dio en la España de los años setenta del siglo pasado.

3. Hoy, ironías de la historia, el cuadro se encuentra en el Museo de Israel, situado en Jerusalén Oeste, territorio ocupado por el Estado de Israel en 1948. Véase la referencia del cuadro en <https://www.imj.org.il/en/collections/199799>.